

Fisterra.

El señor y La señora Buxán se encontraban en su pequeña casa familiar de la Costa de la Muerte en la mismísima Galicia profunda. Un lugar de espíritus y meigas, rodeado por la espesura de los bosques, donde moran los miedos de las gentes y las viejas leyendas de las parroquias cercanas. Hogar de lobos y Santa Compañía. De *corredoiras* intransitables cuando la noche las abraza, caminos por los que al dar solo unos cuantos pasos, sume a los hombres en la superchería local.

Lugar mágico donde los haya.

Mientras la señora Buxán hacía la cena –en este caso unos huevos de gallinas libres y unas patatas del huerto de su vecina–, el señor Buxán intentaba sintonizar la antena de cuernos en su viejo televisor. Con cierta maestría conseguía capturar las ondas que, a aquel lugar, llegaban ya exhaustas.

Era un documental sobre el románico tardío lo que intentaba atrapar combinando las posiciones de las dos agujas extensibles que salían desde detrás de la caja tonta. Tras unos movimientos más, la imagen que apareció proyectada por los rayos catódicos del tubo, le pareció aceptable. Se alejó marcha atrás, con pasos suaves, para no hacer vibrar el televisor. Cuando llegó al sofá se sentó y, adquirió, el gesto que ponía cuando mostraba atención a lo que oía.

La señora Buxán apareció con la cena. Se sentaron y degustaron los sabores de aquellos manjares humildes. Las patatas eran dulces, habían atrapado toda la esencia de aquella tierra tan fértil y húmeda. Los huevos, con sus yemas naranjas de gallinas que jamás habían probado un pienso, mantenían el sabor de lo que en algún momento fueron huevos de verdad. Todo remojado con un horrible vino del país.

Cenaron en silencio mientras atendían las explicaciones de aquella voz que les contaba lo que los hombres del pasado hicieron.

El señor Buxán parecía encantado con toda aquella sinfonía de datos y ejemplos.

La señora Buxán, recogió la mesa y se dispuso a lavar los dos platos, las dos copas y los cuatro cubiertos.

El señor Buxán observó, al sentarse de nuevo en el sofá, un pequeño paquete que contenía unos calcetines en su interior. Eran tres. De distintos colores. Esa misma mañana

los habían comprado en el mercadillo local de Cèe. Una gitana, más delgada que un hilo, que juraba por la santísima virgen que ya no le quedaban más y se los quitarían de las manos, llamó su atención. Tras el regateo, sobre un precio ya ridículo, llegaron a un acuerdo.

La señora Buxán no era de gastar más de lo estrictamente necesario en ella o en su marido. No así con sus allegados y familia, hacia los que siempre se sentía muy desprendida.

El señor Buxán decidió probarse uno de los calcetines. A través del plástico parecían realmente suaves y confortables. Con su edad, la circulación de la sangre no era lo que en un día fue, así, que se dispuso a probar si eso le calmaría el frío que del suelo fluía.

La señora Buxán se esforzaba afanosamente en dejar los cubiertos, los platos y las copas, bien limpias. El agua de aquella zona era dura y siempre algún resto quedaba. Primero lo frotaba con abundante jabón. Después un aclarado intenso para eliminar cualquier aroma de lo anterior. Finalmente, lo frotaba con un paño limpio, sabedora de que allí las cosas eran reacias a secarse por sí solas.

El señor Buxán ya se había quitado un zapato –que por cierto, fue la primera palabra que dijo su segundo hijo– y el calcetín. Sacó uno de los pares de calcetines. Los separó e intentó discernir si correspondían a un pie o a otro. Tras pensarlo brevemente, imaginó que serían como todos los calcetines que durante su vida se había puesto que uno se los pone y ya está. El calcetín se deslizó suavemente por el pie.

La señora Buxán notó que algo estaba a punto de suceder.

(Ellos ya no estaban allí).

Olas negras y enormes cabalgaban con sus filos de espuma blanca hacia ellos. La noche les cubría con su aliento frío. Las estrellas, con los ojos tan abiertos que se veían como puntos luminosos en el vacío del cielo, les observaban. Estaban en un pequeño bote de remos. La señora Buxán estaba a los mandos. Con sus pequeñas manos intentaba remar encarando las olas que les embestían. El señor Buxán estaba de pie sobre la tabla delantera que hacía las veces de asiento, suspendido sobre una sola pierna, mientras se aferraba al calcetín que acababa de ponerse en la otra. La barquita entera crujía y bailaba a un son que no se entendía. La señora Buxán remaba con todas sus fuerzas en aquel vendaval terrible de la mar. El señor Buxán se mantenía en un equilibrio imposible sobre

un solo pie. Una costa escarpada surgió ante ellos. En sus faldas, un desfiladero de rocas les esperaba, como ya habían hecho con otros cientos de embarcaciones.

La señora Buxán, gritó. «¡Ángel, quítate el calcetín!».

El Señor Buxán no entendió de qué iba a valer aquello, pero aun así lo hizo.

(Ellos ya no estaban allí).

La señora Buxán estaba aferrada fuertemente al fregadero, empapada de agua de mar, se podía oler el salitre y el yodo.

El señor Buxán, también mojado, estaba sentado en el sofá con un pie en el suelo y el otro en el aire. A pocos centímetros tenía cogido el calcetín que se acababa de quitar. Lo soltó y este cayó al suelo. Después, desconcertado, cogió el embalaje de los calcetines y leyó la leyenda que allí estaba escrita.

Rezaba: «Calcetines de realidad virtual: Tres costas españolas».